

Detenerse ante la vorágine de una pandemia

Núria Jar

No estábamos preparados para una pandemia, sobre todo en los países occidentales. Las medidas de higiene y la vacunación nos habían hecho olvidar que las enfermedades infecciosas siguen existiendo y continuamos siendo vulnerables a ellas. En las últimas décadas, la sanidad y la investigación biomédica de los países más ricos se han centrado en dar respuesta a las enfermedades crónicas relacionadas con el envejecimiento, como el cáncer y las demencias, a causa del aumento de la esperanza y la calidad de vida de nuestras sociedades. Sin embargo, un virus invisible al ojo humano, con un libro de instrucciones de tan solo treinta mil letras, nos ha recordado que no somos inmunes a los patógenos, sobre todo a los agentes infecciosos emergentes, como el nuevo coronavirus.

A principios del año 2020, la falta de conocimiento en torno a la aparición del SARS-CoV-2 provocó afirmaciones poco prudentes por parte de algunos responsables

políticos, científicos y divulgadores, que ignoraron la incertidumbre ante lo desconocido. Muchos decían que aquello no era nada, y hasta se llegó a decir que la COVID-19 era menos que una gripe. En aquel momento, cuando los contagios estaban localizados en China, deberíamos haber escuchado con más atención otras voces que advertían del peligro para la salud pública. Incluso en los años previos a la pandemia actual, algunos científicos y organismos internacionales, como la Organización Mundial de la Salud (OMS), habían advertido de la emergencia de nuevos virus con potencial pandémico.

Experiencias anteriores, como la aparición del SARS-1 en 2002 en China y del MERS en 2012 en Arabia Saudí, fueron un ensayo general para posibles futuras nuevas infecciones. Aquellas epidemias sirvieron de entrenamiento para el sistema de salud pública de los países del sudeste asiático, que ahora han sido capaces de contener mejor que nosotros la pandemia

actual. En cambio, aquí dejamos de investigar sobre los anteriores coronavirus cuando desapareció el peligro inminente dentro de nuestras fronteras; conocimiento que nos hubiese dado ventaja para atacar mejor a su primo hermano el SARS-CoV-2.

La situación que hemos vivido también nos ha demostrado que la ciencia no siempre tiene respuestas, y aun menos inmediatas. Esto siempre ha sido así, pero ante la urgencia por obtener soluciones contra la COVID-19, a muchos la ciencia se les ha caído del pedestal donde la habían colocado. La premura por salir de esta crisis sanitaria global ha hecho prometer vacunas dentro de unos plazos inasumibles y administrar tratamientos de eficacia dudosa al no contar con un arsenal terapéutico para tratar a los pacientes. Todo esto tendrá consecuencias sobre la percepción social de la ciencia, que muchos habían entendido como una verdad absoluta que es fuente de soluciones para cualquiera de los problemas de nuestra vida.

Ciencia y periodismo en tiempos de pandemia

En este contexto, hemos observado una aceleración de la investigación a una velocidad sin precedentes. Uno de los ejemplos más claros son las vacunas. En diciembre de 2020 comenzaron las primeras vacunaciones masivas de la población en algunos países

occidentales, como el Reino Unido, los Estados Unidos y algunos países europeos, y en otros como Chile, menos de un año después de que en enero se consiguieran las primeras secuencias del genoma del SARS-CoV-2. El tiempo transcurrido entre estos dos hitos es de 11 meses y reduce muy considerablemente el tiempo medio de desarrollo de una vacuna, que ronda los 10 años. No obstante, es cierto que algunas vacunas se han conseguido en menos tiempo, como la del virus Ébola en tan solo 5 años, mientras que otras todavía se resisten tras décadas de investigación, como la del virus de la inmunodeficiencia humana.

La aparición de la COVID-19 nos ha cambiado la vida a todos, también a los científicos y a los periodistas. Por un lado, los investigadores han trabajado contrarreloj y en consorcios internacionales para desarrollar pruebas de detección, tratamientos y vacunas eficaces contra el nuevo coronavirus. Por otro lado, los periodistas, en especial los de ciencia y salud, también hemos vivido meses de intenso trabajo para intentar explicar tantas novedades sobre un agente infeccioso desconocido. Todos los investigadores y periodistas con quienes he hablado estos últimos meses coinciden en señalar que, sobre todo durante los primeros tiempos de la pandemia, y en particular durante el confinamiento, las jornadas laborales fueron interminables y la carga de trabajo fue inaudita.

Por este motivo, la jornada *La ciencia impaciente durante la COVID-19*, organizada el martes 1 de diciembre de 2020 por la Fundació Dr. Antoni Esteve, nos ha permitido detenernos unos instantes en una vorágine científica e informativa sin precedentes. La sesión nos obligó a reflexionar sobre los últimos meses de trabajo, así como a ordenar un poco nuestras ideas y crear un relato coherente sobre nuestra experiencia, como científicos y periodistas. Por lo tanto, agradezco a la Fundació Dr. Antoni Esteve la oportunidad que me brindó de participar y moderar un encuentro con profesionales de tan alto nivel, tanto ponentes como discutidores, que aportaron visiones muy enriquecedoras para todos. Esta publicación tiene la voluntad de recoger aquellas reflexiones más destacadas, de las cuales seguro que podemos extraer aprendizajes de cara al futuro.

Si bien es cierto que científicos y periodistas hablamos a menudo, sobre todo en los últimos meses, siempre lo hacemos desde nuestro rol como profesionales de la investigación y la información en un escenario determinado, por ejemplo el de una entrevista. En un escenario como este, el periodista pregunta y el científico responde, en un proceso que forma parte de nuestro quehacer periodístico para conseguir noticias y titulares. En cambio, el contexto que nos brindó la Fundació Dr. Antoni Esteve fue totalmente distinto. En la

jornada, que tuvo que celebrarse de forma telemática por la pandemia, todos (la mayoría conocidos) nos encontramos más allá de nuestras obligaciones para compartir de igual a igual cuestiones que atraviesan de forma tangencial nuestro trabajo, cada uno desde su perspectiva.

Tratamientos, vacunas e investigación acelerada

Los tres grandes temas que abordamos fueron los mismos con los que, como investigadores y periodistas, hemos tenido que lidiar en primera persona durante todo este año: fármacos y tratamientos contra la COVID-19, vacunas para proteger a la población de nuevas infecciones y los riesgos de una investigación acelerada. En este último caso, nunca antes habíamos visto cómo el conocimiento científico avanzaba en directo, pudiendo seguir en *streaming* los resultados de distintos estudios y ensayos clínicos. Como consecuencia, el proceso de revisión por pares y la publicación de artículos en revistas científicas pasaron a un segundo plano, relegados por la urgencia del momento. En este sentido, hemos asistido a un auge de las prepublicaciones en biomedicina, una forma de avanzar y compartir resultados con el resto de la comunidad científica que ya se practicaba asiduamente en otras disciplinas como la física. Todo esto seguro que reconfigurará, de algún modo, la publicación de nuevos

resultados en el futuro. Tendremos que estar atentos.

Además, en esta pandemia hemos visto nuevas prácticas, como la comunicación de resultados a través de notas de prensa en lugar de en los artículos científicos que antes mencionaba. Esta ha sido la tónica general en el anuncio de las conclusiones de los ensayos clínicos de los tratamientos (muchos de los cuales se han llevado a cabo sin grupo control) y de las vacunas por parte de grandes compañías farmacéuticas, como Pfizer, Moderna y AstraZeneca. La desesperación por obtener soluciones en esta pandemia era tal que incluso los profesionales sanitarios han tomado decisiones, al prescribir una terapia u otra, a partir de estos anuncios con pocos detalles. Es más, los anuncios prometedores de fármacos como la hidroxiclороquina por parte de líderes mundiales, como Donald Trump en los Estados Unidos, desabastecieron a personas con artritis reumatoide o lupus, dos de las enfermedades para las cuales se prescribe este medicamento. Estos son solo algunos ejemplos de lo que hemos vivido los pasados meses.

Es innegable que esta urgencia en la comunicación de resultados científicos ha impactado en el modo de trabajar de investigadores y periodistas, que se han tenido que adaptar a la nueva realidad rápidamente. En este contexto, considero que los periodistas especializados en ciencia y salud

hemos podido reivindicarnos como una figura necesaria dentro de las redacciones y los programas de información general. El espacio que actualmente ocupan la ciencia y la salud en los medios de comunicación es inédito. No obstante, esto también ha conllevado algunos perjuicios. Por su parte, la ciudadanía ha vivido la omnipresencia mediática de la pandemia como un exceso de información. De hecho, antes de declarar la pandemia de coronavirus, la OMS la declaró por exceso de información. A ello se refiere el término «infodemia», que hace referencia al peligro que supone un exceso de información (en ocasiones falsa) por contribuir a la desorientación del gran público.

La desinformación y la aceleración del método científico también han contribuido a exacerbar las reticencias a las vacunas, que ya eran una de las diez amenazas de salud, según la OMS. Aquí la comunicación de la ciencia será clave para explicar a la población cómo funciona el método científico y por qué los plazos se han reducido tanto ante una emergencia sanitaria de tal calibre. Estas cuestiones más complejas quizás no sean tan atractivas, desde el punto de vista mediático, en comparación con un titular que anuncie que se ha encontrado una vacuna contra la COVID-19, pero contar todo el proceso forma parte de la responsabilidad social que tenemos como periodistas.

La realidad no es simple y hay que explicar los matices. Es más, una comunicación honesta y transparente contribuye a no generar falsas expectativas entre la población. Por ejemplo, muchas veces se ve a las vacunas contra la COVID-19 como el final de la pandemia, pero la realidad es mucho más compleja.

Como periodista, también me gustaría reivindicar la comunicación como una herramienta más de salud pública, de la misma manera que lo son las mascarillas, el lavado de manos, la distancia física y la ventilación de interiores. En una pandemia, el comportamiento de la ciudadanía es clave para contener un virus y cortar las cadenas de transmisión. Para ello es importante entender qué quiere decir «burbuja», o qué diferencia un «aislamiento» de una «cuarentena». Por lo tanto, si los mensajes que se transmiten son poco claros, cambiantes e incluso contradictorios, como hemos visto en más de una ocasión, la gente desconoce qué estrategias debe seguir para evitar los contagios.

La pandemia de COVID-19 es un reto del mundo que nos ha tocado vivir, en el que la salud se entiende como una única entidad que incluye la salud humana, la animal y la de nuestro entorno. Esta visión (*one health*) debe impulsar una aproximación global (*global health*) a un desafío nuevo con una mirada multidisciplinaria, que permita resolver problemas tan complejos como este. Una crisis sanitaria global

es «un reflejo de las carencias de nuestro sistema de salud pública, de los modelos de cooperación internacional y de la capacidad de preservar la cohesión social ante la

posibilidad de contagio», escribió antes del actual coronavirus la periodista Sonia Shah en su libro *Pandemia* (Capitán Swing, 2020), más de actualidad que nunca.

Mi deseo es que esta pandemia nos sirva de aprendizaje para ser mejores investigadores y periodistas, así como que todos salgamos reforzados como sociedad.